

G.K. CHESTERTON

OPINIONES QUE NO SOSTENGO

ARTÍCULOS
1913



G. K. Chesterton

Opiniones que no sostengo

Artículos 1913

*Edición de Pablo Gutiérrez Carreras
y María Isabel Abradelo de Usera*

*Traducción de María Isabel Abradelo de Usera
y Montserrat Gutiérrez Carreras*



© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

© Edición de Pablo Gutiérrez de Carreras y María Isabel Abradelo de Usera

Traducción de María Isabel Abradelo de Usera y Montserrat Gutiérrez Carreras

La traducción de la obra procede de la recopilación de *G.K. Chesterton: Collected Works*, vol. XXIX, Ignatius Press, 1990. Se han conservado las notas al pie de página de dicha edición, a las que se han añadido las de los editores y las traductoras.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 180

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-263-9

Depósito Legal: M-101-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	7
Artículos (1913).....	11
Índice de nombres	207
Índice temático	211

INTRODUCCIÓN

1913 representa para Chesterton la anticipación de graves cambios en su vida y en la de millones de europeos que, un año más tarde, se verán afectados por la Primera Guerra Mundial.

A diferencia de sus colaboraciones y de la polémica desatada en *The New Witness* en la misma época, en sus artículos de 1913 en el *Illustrated London News* Chesterton no menciona el serio problema que supuso para su hermano su toma de partido en el caso Marconi, en el que los hermanos Isaac aprovecharon la información privilegiada de la que disponían para comprar acciones de la empresa Marconi y venderlas con importantísimos beneficios. El caso salpicó a algunos miembros del gobierno. Cecil Chesterton tuvo que responder en un juicio a las acusaciones de libelo que se formularon contra él. El caso se destapó en 1912 pero el desarrollo del proceso tuvo lugar en 1913 y estuvo a punto de implicar también a nuestro autor. De hecho, perdió su columna semanal en el *Daily News*.

Para Chesterton y para muchos británicos, había sido inconcebible que el gobierno resultase implicado en casos de corrupción y éste marcó la diferencia entre el pasado y una nueva consideración de la clase política sobre la que sí se podía dudar.

Chesterton no menciona el caso Marconi en los artículos de este año, pero sí expresa su profunda decepción sobre la clase política desde muchos puntos de vista: las presiones de los ricos,

que salen indemnes de la aplicación de las leyes que avasallan a los que no tienen recursos y su enorme e inmerecido poder político, transmitido de generación en generación. Chesterton critica asimismo a quienes no honran con su comportamiento a su apellido ilustre e ironiza sobre la falta de coherencia de quienes eran tradicionalmente conservadores y quienes eran liberales. La distinción, considerando su forma de actuar, es imposible. La clase política se mueve por intereses materiales, ha dejado de hacerlo por ideales defendidos desde antiguo por sus partidos.

Estas páginas nos muestran al Chesterton apasionado por la obra de Dickens y la de Shakespeare, y atraído por muchos otros autores de cuyos poemas, citas, de referencias menos precisas y anécdotas irá salpicando sus páginas.

En cuanto a su propia producción literaria, en este año destaca *The Victorian Age in Literature*, una revisión de la literatura victoriana a su manera, en su estilo peculiar, como ya había hecho con la monografía sobre Browning y Dickens años antes. También de este año es la obra de teatro *Magic*, que Chesterton escribió respondiendo a la práctica amenaza de Bernard Shaw desde 1908. La obra, basada en un cuento perdido que Chesterton había escrito años antes, tuvo mucho éxito y confirmó las dotes de su autor para este género. La locura, la magia, la fe y la razón juegan un papel fundamental en su argumento: nada que no sea radicalmente chestertoniano.

Y en nuestro año del *Illustrated London News* podrán encontrar los lectores una muestra de la enorme variedad de intereses de Chesterton y un contundente sabor a su momento histórico y social: nuevamente alude al sufragismo y a la eugenesia, a las relaciones de Inglaterra con otros países, a las dificultades y aspiraciones del hombre corriente, al sentido común en la educación y en las leyes... Y también desvela su opinión sobre la amenaza real de una guerra y la posición que debería tomar Inglaterra ante el conflicto.

Hay mucho y bueno que leer en estas páginas. El lector sonreirá con las ironías y las paradojas de nuestro autor y no podrá dejar de asentir con la cabeza cuando, entre las anécdotas y

problemas de comienzos del siglo veinte que nuestro autor nos regala, identifique muchas de las opiniones con las que, como él, Chesterton no estaba de acuerdo.

Pablo Gutiérrez y M^a Isabel Abradelo

ARTÍCULOS (1913)

4 de enero, 1913¹

Dickens en Navidad

Siento que el festival de disfraces cómicos que una de las asociaciones dickensianas más importantes organizó para Navidad inevitablemente haya fracasado. No seré yo quien reproche a los traidores que no fueron capaces de aparecer: porque yo mismo fui uno de esos traidores. Se me esperaba disfrazado de lo que se me esperaba, de Jingle² o, posiblemente, de Uriah Heep³ lo rechacé por la presión del trabajo. Estos dickensianos entusiastas iban a celebrar una fiesta de Navidad en Rochester, donde harían ponche y beberían ponche, y conducirían coches de caballos y se caerían de ellos, y harían las cosas propias de Pickwick. Los documentos oficiales no me han informado de cuántos estaban dispuestos a hacer un agujero en el hielo, a ser transportados en una carretilla o a esperar toda la noche fuera de una escuela para señoritas. Pero puedo tomar parte moderadamente. No puedo fabricar ponche para el Club Pickwick pero podría bebérmelo. No podría conducir un coche de caballos para el Club Pickwick, ni para ningún otro club excepto para el Club de los Suicidas; pero podría caerme del coche de caballos entre aplausos y entusiastas peticiones de que lo repitiera. Estaría muy orgulloso si se pudiera decir de mí, como se dice del hiperbólico caballero anciano de Sam al que arrojaron al canal hiperbólico, que «es lo que encontré, pero no puedo asegurar que

¹ Los *Collected Works* de la editorial Ignatius Press utilizan los textos de la Petta Collection para los artículos del *Illustrated London News*. El Proyecto de recopilación comenzó en 1981 y el orden de publicación de los primeros artículos de 1913 difiere del que puede encontrarse en la revista. Este artículo, en concreto, se publicó el 21 de diciembre de 1912 (N. de la T.).

² Alfred Jingle, personaje cómico y aventurero de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, de Charles Dickens (N. de la T.).

³ Uriah Heep es uno de los villanos más típicos de Dickens, en su novela *David Copperfield* (N. de la T.).

estuviera su cabeza». Me parece lo mismo que la eutanasia: más bella que la muerte de Arturo.

Pero aunque el fracaso de este festejo particular fue simplemente un accidente (como mi desafortunada caída del coche de caballos), no deja de tener su paralelo en la actual postura de los dickensianos y la Navidad. Porque la verdad es que, sencillamente, no podemos recrear el Club Pickwick, a no ser que tengamos una base moral tan sólida como la Navidad. Los hombres de ahora dan la espalda a las cosas solemnes que celebran, como los caballos dan la espalda al coche. Pero tiran del coche. Y lo mejor es que, mientras que la festividad de la Navidad tuvo algún sentido asumido y admitido, se alababa, y la alababan con simpatía, grandes hombres que justo eran los que menos simpatizaban con ella. Que Shakespeare y Dickens y Walter Scott escribieran sobre ello parece bastante natural. Eran gente que podría ser tan bienvenida a la Navidad como Santa Claus. Pero no creo que muchos hayan deseado pedir a Milton que comiese el pudin de Navidad. Sin embargo, es seguro que su oda a la Navidad es no sólo una de las más ricas, sino también una de sus piezas maestras más humanas. No creo que nadie que especialmente quiera entusiasmarse con un artículo sobre la Navidad desease, por mero instinto, el estilo literario de Addison. Sin embargo, es bastante seguro que la difícil tarea de que a uno le guste Addison se vuelve más fácil en su narración de la Navidad de Coverley que en cualquier otra cosa que escribiera. Llego hasta a dudar de si uno de los pequeños Cratchis (que se metían las cucharas en la boca para no pedir ganso) se hubiera sacado la cuchara para decir «¡Ojalá Tennyson estuviese aquí!». Y, sin embargo, el espíritu de Tennyson ciertamente parece revivir de forma más o menos real en el repicar de las campanas en la parte más melancólica de «In Memoriam». Estos grandes hombres no intentaban estar felices: algunos de ellos, desde luego, se sentían tristes. Pero el día era demasiado importante para ellos; el tiempo era más que su estado de ánimo; la tradición estaba viva. El festival resonaba en las calles y los mojigatos e incluso los profetas (que a veces son todavía peores) quedaban fascinados.

La dificultad de Dickens no es un fallo de Dickens, ni siquiera de la popularidad de Dickens. Por el contrario, ha recuperado su fama creativa y su fascinación mucho más que cualquiera de los victorianos. Se rechaza a Macauley que, a su manera, fue importante; Cobbett⁴, que fue mucho más grande, ha quedado olvidado. Dickens no está simplemente vivo: ha resucitado de entre los muertos. Pero la dificultad radica en que bajo sus pies, se desmorona, por así decirlo, aquella firme plataforma histórica sobre la que había representado sus pantomimas navideñas: una plataforma de la que él no era consciente, como nosotros, la mayoría de nosotros, somos conscientes del suelo que pisamos. El hecho es que lo divertido de la Navidad se fundamenta en la seriedad de la Navidad; y despojarla de este apoyo, quitándoselo incluso a un payaso de Navidad, es como dejarlo caer por la trampilla. Y las trampillas no les gustan ni siquiera a los payasos si no se las esperan. Por eso, es desgraciadamente cierto que algo tan glorioso como una fiesta de Pickwick tiende a perder la calidad espléndida de una simple mascarada y se convierte en algo mucho más aburrido y convencional: un baile en el Covent Garden. No estamos viviendo el espíritu correcto de Pickwick. Estamos fingiendo ser antiguos personajes de Dickens cuando, en realidad, deberíamos ser nuevos personajes de Dickens.

Las condiciones se complican todavía más por el hecho de que mientras que leer a Dickens puede hacer que un hombre se haga dickensiano, estudiar a Dickens puede volverle lo contrario. Uno también podría esperar, tanto que el anciano custodio de un museo de esculturas se parezca y se vista como el Apolo de Velvedere, como esperar cualidades de Pickwick en los críticos literarios que se sienten atraídos por la ficción de Dickens como materiales para una biografía o para asunto de una discusión; como la profusión de detalles, como los recuerdos y como los acertijos. Los que es-

⁴ William Cobbett (1763-1835) o «Peter Porcupine (Pedro Puercoespín)» fue un periodista que defendió la Inglaterra rural tradicional contra el embate de la Revolución Industrial.

tudian tales cosas son una comunidad de lo más valiosa, y hacen un buen servicio a Dickens a su manera. Pero su tipo y su carácter no es probable que, por la naturaleza de las cosas, estén llenos de la magia festiva de su maestro. Tomemos, por ejemplo, las eternas discusiones sobre el final correcto de *Edwin Drood*⁵. Pienso que las aportaciones del Sr. William Archer a la investigación, hace ya un tiempo eran bastantes acertadas e interesantes; pero, con la mano en el pecho, no diría que el Sr. Archer es un caballero festivo, ni consideraría que está preparado para seguir al Sr. Swiveller como el perpetuo magnífico de los gloriosos Apolos. O, de la misma manera, veo que sir William Robertson Nicoll ha escrito sobre el mismo misterio de Drood; y sé que su conocimiento de literatura victoriana es amplio y preciso. Pero me cuesta pensar que un escocés puritano con una sagaz filosofía individualista sea la persona ideal para caerse del coche de caballos. Sir William Nicoll, si no recuerdo mal, describió enérgicamente una vez su filosofía individualista como «que rechaza a los tontos». Y, desde luego, el espíritu de Dickens podría describirse muy bien como el placer de recibirlos. Es precisamente porque la Navidad no es sólo una fiesta para niños sino, en cierto sentido, una fiesta para tontos por lo que Dickens tiene relación con este misterio.

11 de enero, 1913⁶

De nuevo Bacon y Shakespeare

Este escritor escribe estas palabras antes de Navidad; algunos lectores las leerán después de Navidad: idea horrible. Porque siempre pienso con tristeza y sin decir palabra que la vida después de Navidad es como la vida después de la muerte. Me adelanto a

⁵ *The Mystery of Edwin Drood* (1870) fue la última novela de Dickens que falleció antes de acabarla. Se barajan diferentes posibles finales para la misma.

⁶ La fecha en la que se publicó este artículo fue el 28.XII.1912 (N. de la T.).

decir que creo que ambas ocurrirán. También añadido que, como le ocurre a cualquier persona sana, me da miedo la muerte, pero no tengo miedo a la Navidad, no, ni siquiera si acaba en muerte. Pero inconscientemente considero las dos como el final de algo; y los días de después como comparativamente difusos e imaginarios. Cuando se acaba el año, siento que se acaba el mundo y deseo acabarlo bien. Pienso que el mejor final que puede tener un mortal —mejor que Nelson disparando a sus estrellas o Douglas lanzando el corazón de Bruce⁷— es la muerte de Faber⁸ que se confesó y recibió los sacramentos de su iglesia y cuando le dijeron que le quedaba una hora de vida dijo: «entonces puedo oír el último número de *Pickwick*», y murió escuchándolo. Es más difícil establecer cuál es la mejor forma de pasar las Navidades porque con la muerte sólo podemos experimentar una vez, y hemos experimentado las Navidades muchas veces. Y los primeros experimentos son los mejores, porque el cerebro está tan fresco como el experimento. Demasiados cocineros estropean el caldo. Lo convierten en un caldo del infierno añadiendo constantemente «ojo de tritón y dedo del pie de rana, e hígado de judío blasfemo»⁹, y fuertes influencias parecidas en la sociedad moderna. A estas se añaden generalmente otros ingredientes más modernos; como los cuernos de gato, las alas de ballena, las pezuñas de mariposa, etc. y nadie que haya estudiado filosofía y literatura moderna puede dudar que

⁷ A Sir James Douglas, un seguidor de Robert de Bruce (el rey Roberto I de Escocia) se le concedió el honor de trasladar el corazón de Bruce a Jerusalén para enterrarlo en 1330. Durante el viaje Douglas fue detenido en España, donde se implicó en la guerra entre el rey Alfonso XI y los Moros. Douglas ostentó el mando de una división y fue a la guerra; la caballería mora, más numerosa, le cortó el paso y le asesinaron. No se sabe con exactitud qué ocurrió con el corazón, pero los historiadores han llegado a la conclusión de que fue devuelto a Escocia. No obstante, en el poema popular «Muerte de Douglas», se describe a Douglas cogiendo el corazón que colgaba de su cuello y arrojándolo al campo de batalla, «una auténtica piedra lanzada al frente», diciendo «Valiente corazón que siempre llegó lejos, /avanza tanto como quieras. Y / yo te seguiré si no muero».

⁸ Frederick William Faber (1814-1863). Anglicano y más tarde sacerdote de la iglesia católica romana; poeta y escritor de himnos.

⁹ Chesterton está citando *Macbeth* acto IV, escena I. Las brujas están preparando su conjuro (N. de la T.).

se ha conseguido «hacer la papilla espesa y repugnante»¹⁰ pero, por desgracia, algunos de nosotros todavía no somos lo suficientemente mayores para que nos gusten las papillas. Lo único que se me ocurre como diversión después de la Navidad es discutir sobre algo que no importe en absoluto. Sin embargo, es difícil encontrar un asunto que no tenga importancia, o incluso un asunto que no tenga interés, o una persona que no tenga interés. Es la historia de mi vida: no he conseguido encontrar a ninguno de ellos todavía.

Lo más cercano a un tema carente de interés que se me ocurre es quién escribió a Shakespeare. Todavía es menos interesante porque no puedo tener siquiera dudas sobre el asunto. Por muy raro que suene, Shakespeare escribió a Shakespeare. Pero ¿quién escribió a Bacon? Este asunto me parece muy adecuado para discutirlo tras una cena de Navidad digna de Pickwick. Creo que no convenceré a mis lectores de esta tesis hasta bastante tiempo después de Navidad. Entonces, me alegra saber, finalmente fracasaré para siempre. Es la clase de cosas que pueden tratarse en el ambiente de la comida navideña, especialmente en el momento del ganso.

Propongo perseguir a este ganso salvaje por dos razones más: primera, porque estoy seguro de que no existe; y segunda porque he observado recientemente en el *New Witness*, que lo ha suscitado otra vez el amigo con el que inicialmente lo discutí. Se me ha olvidado quién de los dos puso la teoría sobre el tapete. Sé que los dos la demostramos con éxito. También sé que ninguno de los dos siquiera soñamos creérnosla. La cuestión era, como he dicho antes, quién escribió a Bacon. No necesito decir, creo yo, que fue Shakespeare.

Mi amigo en el *New Witness* trató principalmente de la evidencia literaria de que Shakespeare escribió a Bacon. Es abrumadora, ciertamente. Empezó señalando que, para cualquiera que tenga experiencia en literatura, la probabilidad *prima facie* estaba de su parte. Concédase a los baconianos que todos sus paralelos en prosa y en verso, de dicción o de alusión entre Bacon y Shakespeare son correctos. Admítase que, puesto que Shakespeare habla de rosas

¹⁰ Nueva referencia a la pócima de las brujas en *Macbeth* (N. de la T.).

y lirios más de una vez y Bacon se refiere una vez a lirios y rosas, el estilo literario es, obviamente, el mismo. Demos por sentado que Bacon, en sus investigaciones científicas, había descubierto la existencia de un fenómeno natural denominado primavera; y que Shakespeare desvela en muchas ocasiones el hecho de que sabe del descubrimiento. Aceptemos que la costumbre de contrastar la palabra «caliente» con la palabra «frío» o la antigua palabra inglesa «sí» con la pintoresca exclamación isabelina «no» prueban incuestionablemente que se trata de la misma persona. Y se mantiene la misma pregunta: ¿qué persona?

Este escritor ingenioso continuó señalando que, según funciona este malvado mundo, es mucho más común que un rico emplee el trabajo de un pobre que el hecho de que un pobre utilice el trabajo de un rico. Que un hombre de Estado y de la corte como Bacon utilizase a un actor pobre y aventurero como Shakespeare para encubrir sus maldades es lo que ocurre a menudo. Que a un aventurero como Shakespeare le escribiese las obras un gran hombre de Estado como Bacon es, ciertamente, un caso menos frecuente. Todos sabemos a qué ministro del Gabinete le ayuda un empleado no oficial. Creo seriamente que existirían obstáculos, e incluso irritación, si el empleado insistiese en que le ayudase el miembro del Gabinete.

El escritor sigue, desde la faceta literaria, insistiendo en que Shakespeare estaba obviamente obsesionado con la idea de la usurpación, o con el daño que causa quien coge la corona de otro. En las historias de Macbeth y de Lear, de Hamlet, y de Ricardo II, la corona ha de ser de la realeza, porque tenía que ser de cartón, una corona para teatro. Pero bien pudiera ser que la corona en la que estuviera pensando Shakespeare fuera verde y no dorada; que fuera una corona de laurel y no de metal.

Hasta aquí sólo he recogido las investigaciones de mis amigos. Yo mismo llevé a cabo mi propia investigación atendiendo a la faceta histórica. Encontré, por supuesto, que nuestra teoría explicaba totalmente la fea historia de Bacon y Essex. Todo el mundo sabe que a Essex y a Southampton los arrestaron juntos; que a Essex

lo ejecutaron y que Southampton fue enviado a la Torre. Todo el mundo sabe que Bacon apareció de repente contra Essex y lo llevó al patíbulo; y la mayoría de la gente sabe que escribió a Southampton excusándose cuando parecía que iba a salir de la Torre.

¿Hay algo en el barro baconiano que pueda ser más claro? Shakespeare, en una especie de estado penitente (o bebido) le dijo a Southampton que él mismo era «Bacon». Southampton estaba a punto de advertir a su amigo Essex contra el impostor, cuando el impostor golpeó primero y mató al hombre que podía saberlo y encarceló al que no lo sabía, y sólo le halagó cuando tenía la lengua libre. ¿No son historias conexas? ¿No es una historia concebible? Bueno, no; es un nuevo juego de Navidad.

18 de enero, 1913¹¹

Reconocer verdaderas diferencias

La costumbre de tener un gran lío en la mente y llamarlo la Unidad Superior tiene una desventaja mayor que la aparente. Esa otra dificultad es esta: que las cosas no sólo son diferentes unas de otras; sino que incluso son más diferentes de lo que parecen ser. Si comparamos dos sexos, o dos naciones, o dos sectas, o dos *colleges*, probablemente lleguemos a la conclusión, después de mucha perplejidad y muchos errores, que el parecido está en la superficie, mientras que las diferencias se encuentran en la raíz. Así (por elegir el primer caso que se me ocurre) un periódico inglés y un periódico francés no se pueden comparar. Y la diferencia no es de grado. Ni que ambos se imprimen en papel y no en pergamino o en vitela, ni que ambos estén impresos en tinta negra y no en rojo y verde, porque los dos tienen el título en la parte superior y no en el faldón de la hoja y las palabras están colocadas en columnas y no en espiral. Un inglés y un francés probablemente piensen que

¹¹ La fecha en la que este artículo fue publicado en el *Illustrated London News* fue el 4.I.1913 (N. de la T.).



Artículos 1913

nº 8

Este libro contiene artículos dedicados a temas habituales como la literatura y la educación, pero sobre todo destacan los asuntos políticos: la implicación en casos de corrupción del gobierno británico, la amenaza real de la guerra y la posible postura de Inglaterra frente a ella.

A pesar de ello, como escriben los editores, «el lector sonreirá con las ironías y las paradojas de nuestro autor y no podrá dejar de asentir con la cabeza cuando identifique muchas de las opiniones con las que, como él, Chesterton no estaba de acuerdo».

G.K. Chesterton fue uno de los escritores más importantes del siglo XX. Publicó una extensa colección de libros, ensayos y artículos, poemas, obras de teatro, novelas y cuentos que incluyen su famosa serie sobre el padre Brown. Se consideraba, sin embargo y sobre todo, un periodista, pues escribió más de 4.000 ensayos para la prensa, entre ellos los que corresponden a su longeva colaboración con *The Illustrated London News*, para el que escribió desde 1905 hasta 1936. Este volumen, realizado en colaboración con el Club Chesterton de la Universidad San Pablo CEU (Fundación Cultural Ángel Herrera Oria), es el octavo de esta serie.

OPINIONES QUE NO SOSTENGO

G.K. Chesterton?

Depósito Legal: M-101-2026



ISBN: 978-84-1339-263-9



9 788413 392639